

¡DEJA DE ESCUCHAR LAS NOTICIAS!

Haciendo a un lado el miedo para descubrir un nuevo lado de Colombia

Después de salir de Santander, donde descubrimos que la amabilidad de los colombianos no es un mito sino una realidad, comenzamos nuestro viaje hacia el sur hacia Bogotá para visitar a amigos y familiares.

Nuestra primera parada fue a través de Boyacá; un estado ubicado en la cordillera oriental de los Andes. El camino que tomamos estaba en su mayor parte sin pavimentar, serpenteando a través de un campo tranquilo donde pasamos por una comunidad Tao con casas coloridas de madera.



Las montañas de Boyacá pueden describirse como una alfombra persa, un rico tapiz de colores y texturas tejido por plantaciones de papas, cebollas, granos, frutas y panela, todo ello en contraste con los pliegues naturales de las mismas montañas.

Estábamos tan enamorados del paisaje, como un joven amante que se olvida del mundo para concentrarse solo en un nuevo amor, ¡que nos olvidamos de comprar gasolina antes de ir por el camino destapado! Afortunadamente, encontramos a una mujer en el camino que nos vendió lo suficiente para llegar al pueblo más cercano, Duitama, donde nos detuvimos para visitar a uno de los primos de Mafe.

Nuestra siguiente parada fue Bogotá, donde pasamos aproximadamente una semana y media en la casa de la mamá de Mafe, disfrutando de sus deliciosos platos caseros y visitando a otros dos primos. Nuestros días en Bogotá los dedicamos a la familia y amigos de toda la vida (que son como familia) en medio del caos de la ciudad. Pero en medio de ese caos, logramos desviarnos a Cota, un pequeño pueblo a unos 20 kilómetros de distancia, donde la Sabana se extiende en contraste con el ajetreo de la capital. En Cota, compartimos comida local con otro primo y probamos la capacidad de conducción cuesta arriba de Taco Libre para disfrutar de unas vistas increíbles y tranquilas.

En medio del caos de Bogotá, también hicimos una corta caminata a las afueras de la ciudad en Matarredonda para ver cascadas y frailejones, a veces llamados los guardianes del agua, una planta de gran altitud en el páramo. Durante nuestra caminata, conocimos a viajeros de los EE. UU. y Europa, todos persiguiendo su propio sueño sudamericano.





Como siempre, buscar comida interesante fue parte de nuestra aventura, esta vez en Sauvage, un restaurante francés que utiliza ingredientes colombianos con técnica francesa. El nombre encaja perfectamente: ¡salvaje!

Desde Bogotá, nos dirigimos a Ibagué para visitar, lo adivinaste, ¡otro primo! Uno de los aspectos más especiales de este viaje fue ver a los cinco primos cercanos de Mafe en un solo viaje, algo que nunca antes habíamos logrado hacer.

Nuestro siguiente destino fue Manizales, la ciudad de las puertas abiertas. En el camino, buscamos un lugar para acampar y nos topamos con un hombre llamado Hernando, quien, sin que lo supiéramos, era miembro de un grupo de viajeros de casas rodantes del que habíamos sido parte en WhatsApp. Hernando, que ahora tiene unos 70 años, había sido desplazado durante los años violentos de Colombia en la década de 1980, pero hace unos nueve años regresó para reclamar su tierra, donde construyó un pequeño albergue y campamento.



Esa noche, después de cocinar nuestra comida de pollo colombiano, yuca y papas en nuestra estufa de Taco Libre, nos preguntó si nos molestaría si tocaba algo de música y nos invitó a su "casa", una habitación en los terrenos del campamento. Lo que siguió fue uno de esos momentos que hacen que viajar sea tan especial, el tipo de cosas que no se pueden encontrar en ninguna guía o en Instagram, el tipo de experiencia que te marca de por vida: Hernando y su amigo de la infancia tocaron y cantaron boleros, vallenatos y canciones clásicas colombianas mientras compartíamos historias, ron, aguardiente, y risas. Se sintió como un concierto privado en medio de las montañas, no planeado, íntimo e inolvidable.

Al día siguiente, Colombia siguió sorprendiéndonos. Tuvimos la suerte de ver el Nevado del Ruiz, un volcán nevado en la cordillera central de los Andes. Las montañas aquí son más empinadas que las de la cordillera oriental, y sus laderas forman patrones de colores diferentes debido a los cultivos locales. Scott describe la agricultura aquí como "esquiar en una pendiente de doble diamante negro, ¡tan empinada que da miedo!"



Después de manejar a través de estas majestuosas montañas en la región cafetera, llegamos a Manizales. Para nosotros, Manizales tiene el escenario más hermoso de cualquier ciudad que hemos visto en Colombia. Se siente como una ciudad que surgió de las propias montañas, casas y

calles que fluyen a lo largo de las cuestras, siguiendo las curvas de los Andes. La ciudad está llena de arte y orgullo por su historia. Sus plazas están llenas de color y esculturas intrigantes.



Nos encontramos un poco retrasados debido al trabajo de Mafe, pero eso resultó ser una bendición disfrazada (esto es un dicho gringo). Nos obligó a reducir la velocidad, saborear cada momento y vivir verdaderamente dentro de la magia de cada lugar que visitamos, incluida esa ciudad colonial desconocida que hemos mantenido en secreto.

Cada curva del camino ha traído una nueva sorpresa, cada encuentro una nueva historia y cada experiencia algo sobre lo que reflexionar... Eventualmente, nuestro ritmo lento tuvo que cambiar. Nos movimos rápidamente por el sur de Colombia, desde Cali hasta Popayán y Pasto, antes de llegar a la frontera con Ecuador.

Amigos y familiares nos habían advertido que no fuéramos al sur: *es peligroso*, dijeron, *están locos por intentarlo*. La gente tenía opiniones mixtas: algunos nos dijeron que era seguro si viajábamos durante el día, otros dijeron que lo evitáramos por completo, otros sugirieron que contratáramos a alguien para que condujera el carro por nosotros, y la lista sigue y sigue. Escuchamos, investigamos y nos preocupamos.

Pero lo que encontramos no fue peligro. Encontramos paz, calma, belleza y amabilidad dondequiera que fuimos. Nos alojamos en *La Bonanza*, un campamento para overlanders en el Cauca. El propietario, Anouar, que lleva viviendo en el área casi diez años dijo algo que se ha quedado con nosotros:



"La gente le tiene miedo a la guerrilla, pero la mayoría de ellos son solo personas con una ideología. No he hacen daño a los viajeros ni a la gente común. No puedes vivir en la paranoia, si lo haces, no deberías viajar".

El sentimiento de Anouar nos regresó a una charla en Overland Expo en Colorado, donde un viajero de overland que ha viajado por el mundo, incluyendo América Central y del Sur, dijo; "Hay preparación y hay paranoia, puedes elegir tener miedo o mantener la calma para enfrentar cualquier desafío que se te presente".

Y ambos tenían razón. Si viajas con miedo, pierdes la esencia de los viajes. Pierdes la oportunidad de descubrir nuevas perspectivas, conectarte con otros y aprender no solo sobre diferentes culturas sino también sobre ti mismo. Una vez que nos relajamos, lo que encontramos fue generosidad y curiosidad. La gente saludaba, preguntaba de dónde éramos, ayudaba con las direcciones y ofrecía calidez en cada conversación. Fuimos cuidadosos y siempre conscientes de nuestro entorno (como siempre lo hemos hecho en nuestros muchos viajes en Colombia) obtuvimos información antes de tomar carretera, y la realidad es que nunca nos sentimos en peligro.

Eso no quiere decir que Colombia no tenga sus problemas ni una historia problemática. Hay problemas reales y algunas regiones siguen siendo inestables con conflictos. Pero decir que *todo* el sur de Colombia es peligroso simplemente no es exacto, es más complicado que eso. Como nos dijo un joven viajero: "¡Dejen de escuchar las noticias!"

Quizás esa sea la lección más profunda. El mundo se ha vuelto adicto al miedo y los titulares florecen con él. Pero cuando sales de esa narrativa y ves las cosas por ti mismo, la historia cambia por completo.

Scott a menudo dice que Colombia es un país de contrastes, sí, pero más que eso, es un país de bondad, calidez y amor. Todos los viajeros que hemos conocido dicen lo mismo: los colombianos son las personas más amables y acogedoras que han encontrado.

A medida que nos dirigimos hacia la frontera, decir adiós se siente amargo. Colombia ha sido un paisaje de colores, montañas, música y, sobre todo, humanidad.

Para cualquiera que aún dude en explorar este bello país, este es nuestro mensaje: se cauteloso, infórmate, no seas imprudente, pero no dejes que el miedo sea lo que te impida descubrir la belleza y las personas maravillosas.



Al salir de Colombia, esta es la lección que llevamos con nosotros: **la vida es más rica cuando mantenemos una mente abierta, cuando escuchamos a las personas que viven en la zona en vez de las noticias, y cuando viajamos con curiosidad en lugar de miedo.**

5 de noviembre del 2025